

Cecilia Salazar De La Torre

Memoria viva de Warisata y custodia de un legado fundamental para Bolivia



Hay personas que pasan por la vida acumulando bienes. Otras, en cambio, dedican su existencia a custodiar aquello que pertenece a todos: la memoria. Cecilia Salazar de la Torre fue una de ellas.

Cuando pienso en Cecilia, no la recuerdo únicamente como la destacada intelectual, investigadora comprometida con las luchas sociales o la hija del gran Carlos Salazar Mostajo. La recuerdo entre cajas de documentos, fotografías envejecidas por el tiempo, manuscritos y recuerdos familiares que guardaban el latido de una de las experiencias educativas más extraordinarias de Bolivia: la Escuela-Ayllu de Warisata.

Laura Cecilia Salazar de la Torre nació en la ciudad de La Paz el 3 de abril de 1960. Fue hija de su amada madre, Mery de la Torre Mantilla, y de Carlos Salazar Mostajo, quien fue el pincel apasionado y guardián inquebrantable de la mística Escuela-Ayllu de Warisata, convertida en el gran faro que guió la vida de Cecilia. Sus hermanos fueron Carlos y Laura Salazar de la Torre. Compartió su vida con David Vargas y sus hijas Gabrie-

la y Valentina Vargas Salazar, con quienes construyó historias y memorias profundamente entrañables.

Nuestra amistad nació y creció alrededor de la experiencia de la Escuela-Ayllu de Warisata, que no era solamente un capítulo glorioso de la historia nacional. Es una llama todavía encendida, ese horizonte ético de imaginar el país desde la dignidad de los pueblos indígenas, desde la comunidad, desde el conocimiento compartido.

Para Cecilia, Warisata era mucho más que un tema de estudio. Era una herencia afectiva. Era la presencia constante de su padre, Carlos Salazar Mostajo, uno de los principales cronistas, defensores y constructores de aquella revolución pedagógica que transformó para siempre la historia de la educación boliviana. Desde niña había aprendido a convivir con ese universo. Las conversaciones familiares, los libros, las fotografías, las historias contadas una y otra vez, fueron modelando una sensibilidad particular.

Durante años preservó documentos, correspondencia, publicaciones, testimonios y un extraordinario archivo fotográfico que su padre había reunido pacientemente a lo largo de décadas. Cada imagen era un texto en sí misma, hacia aquel tiempo histórico en que los niños indígenas aprendían junto a la comunidad, donde la escuela dialogaba con la tierra y el trabajo, y la educación se concebía como una herramienta de liberación.

Recuerdo especialmente nuestras conversaciones alrededor de ese archivo fotográfico. Cecilia conocía cada imagen como quien conoce la historia de un ser querido. Podía reconocer rostros, paisajes, acontecimientos y silencios. Aquellas fotografías no eran para ella simples documentos, eran fragmentos vivos de una memoria colectiva.

Fruto de ese trabajo nació el libro *Gesta y Fotografía. Historia de Warisata en imágenes*, una obra fundamental que permitió compartir con el país un patrimonio visual invaluable. Pero el verdadero gesto de grandeza de Cecilia fue comprender que la memoria alcanza su sentido pleno cuando deja de pertenecer a una sola familia para convertirse en un bien común.

Fue entonces cuando le propuse realizar la donación del archivo fotográfico de Warisata a la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Andrés. Recuerdo aquella conversación con especial emoción. Cecilia escuchó atentamente y comprendió de inmediato la importancia de garantizar la preservación pública de ese acervo excepcional. Después de consultar con sus hermanos, aceptó con una generosidad admirable.

La donación permitió que generaciones de investigadores, estudiantes y ciudadanos accedan a una parte fundamental de la historia educativa boliviana. Sin embargo, Cecilia quería ir más allá. Sentía que aquellas fotografías debían regresar también al lugar donde habían nacido muchas de las historias que contaban. Entonces, realizamos la reproducción integral del archivo fotográ-

fico a través de la Campaña Boliviana por el Derecho a la Educación, y juntos llevamos personalmente ese patrimonio hasta la Escuela-Ayllu de Warisata.

Aquel día permanece grabado en mi memoria. En el histórico Pabellón México, uno de los espacios más emblemáticos del complejo educativo, entregamos las fotografías destinadas a conformar la Sala Permanente Carlos Salazar Mostajo. No era únicamente una entrega documental. Era un acto de restitución simbólica. La memoria regresaba al territorio que la había inspirado.

Recuerdo el rostro de Cecilia en aquellos momentos, una mezcla de emoción, serenidad y alivio. Como si una tarea largamente esperada finalmente hubiese encontrado su destino. Durante décadas había cargado con la responsabilidad de proteger aquel legado. Había dedicado una parte importante de su vida a preservar los testimonios de Warisata, a defender su significado histórico y a garantizar que las nuevas generaciones pudieran conocerlo. Con aquella entrega sentía que una promesa íntima había sido honrada.

Su propia trayectoria intelectual construyó un legado de enorme relevancia para Bolivia y América Latina. Cecilia dedicó décadas al estudio sobre equidad de género, infancias, interculturalidad, desarrollo y derechos humanos. Su producción académica se convirtió en una referencia indispensable para comprender las transformaciones sociales contemporáneas, particularmente aquellas que afectan a las mujeres, la niñez y los pueblos históricamente excluidos.

Sus investigaciones para organismos nacionales e internacionales, sus estudios sobre las cadenas globales del cuidado, la violencia de género, la participación de las mujeres indígenas y urbanas, así como sus aportes al debate sobre racismo, ciudadanía y democratización cultural, revelan una intelectual profundamente comprometida con la realidad de su tiempo.

Quienes compartimos con ella espacios académicos sabemos que poseía una virtud profundamente política: la capacidad de combinar el rigor intelectual con una inmensa sensibilidad humana. En sus conversaciones convivían la precisión de la investigadora, la curiosidad permanente de la estudiante y la calidez de quien nunca dejó de escuchar a los demás. Tal vez por ello sus escritos continúan dialogando con el presente y mantienen intacta su capacidad de interpelar a las nuevas generaciones.

La partida de Cecilia Salazar de la Torre, el 10 de diciembre de 2025, dejó un profundo vacío entre sus familiares, amistades, colegas, estudiantes y en la comunidad académica boliviana. Sin embargo, las vidas consagradas al conocimiento y a la memoria no conocen finales definitivos. Permanecen abiertas en los textos que escribieron, en los archivos que preservaron, en las instituciones que fortalecieron y en las personas que formaron a lo largo de los años.

La obra de Cecilia no concluye con su ausencia, sino en la posibilidad permanente de inspirar nuevas búsquedas, nuevas preguntas y nuevas construcciones colectivas para el porvenir. ¡Vuela alto querida amiga, hermana y maestra!

David Aruquipa Pérez